

EL HERALDO.

PERIODICO POLITICO, RELIGIOSO, LITERARIO E INDUSTRIAL.

PUNTOS Y PRECIOS DE SUSCRICION.

En la calle de la Libertad, núm. 29, á 12 rs. al mes, en el gabinete de lectura de Monier, Carrera de San Jerónimo.

Provincias.

En las administraciones y estafetas de correos, y en las principales librerías, á 20 rs. al mes y 60 por trimestre.

Ultramar.

En las administraciones de correos á 24 rs. al mes y 70 por trimestre.

Se admiten anuncios y comunicados á precios convencionales, en las oficinas del periódico calle de la Libertad, núm. 29, cuarto prin.

PUNTOS Y PRIOS DE SUSCRICION.

Francia.

Paris.—En casa de nuestros agentes oficiales SAavedra y de RIBEROLLES, rue de Hautville, 13, y librería Espagnole, rue de Provence, núm. 14, á 16 fr. trimestre.

En el Havre.—M. Irigoyen, al mismo precio.

En Bayona.—Redaccion del INTERNACIONAL, á id. id.

Inglaterra.

Londres.—SAavedra y de RIBEROLLES, 35, Morgate Street, y W. Thou Universal Advertising, Nespape office 21, Catherine Street Strand.

Isla de Cuba y América.

En la direccion de la agencia general Hispano-Cubana de la Habana y en casa de sus comisionados.

PARTE POLITICA.

MADRID 8 DE FEBRERO.

Ultimas horas

DEL REGICIDA EN LA CAPILLA.

Las últimas noticias que en el HERALDO de ayer dábamos á nuestros lectores relativas al regicida Merino, alcanzaban á algún tiempo despues de haberle administrado el Santo Viático.

Terminado este acto, segun ya digimos, quedaron en la capilla, acompañando al reo el Emmo. señor cardenal arzobispo de Toledo y algunos otros sacerdotes. El venerable prelado se retiró despues de las ocho.

En las horas siguientes de la noche, el sentenciado no ofreció particularidad alguna. Siguió en sus conferencias con los sacerdotes que le acompañaban, siempre con su imperturbable serenidad: descansó tranquilo largos ratos, y así llegó al amanecer de ayer; del último dia de su existencia.

A eso de las cinco, un dependiente de la cárcel le pidió que le hiciera el favor de permitirle cortar un rizo de su pelo, á lo cual Merino accedió con excesiva amabilidad; pero añadió, «para qué quiere Vd. esa prenda de un ser tan degradado y tan miserable como yo?»—El dependiente le contestó que queria conservarlo, y que por lo demás ya no debía pensar mas que en su arrepentimiento.

Serian las seis, cuando el reo preguntó qué hora era, y habiéndosela dicho uno de los sacerdotes que con él estaban, le preguntó si queria tomar algo, ó tenia alguna necesidad, á lo que contestó que nada deseaba; que solo queria saber el tiempo que le quedaba de vida: que siendo este tan corto, creia que tenia satisfechas todas sus necesidades; porque si en el camino le ocurría alguna y lo manifestaba, le contestarían, «ya es tarde, vamos de prisa.»

A las nueve tomó chocolate con un poco de pan, y habiéndole preguntado los hermanos de la Caridad que se lo sirvieron, si le habia sentado bien, contestó que muy bien; porque á un cuerpo que estaba tan debilitado como el suyo, todo le sentaba bien, no siendo comida fuerte ni en gran cantidad.

Sin ninguna otra ocurrencia notable se llegó á los últimos momentos del reo en la capilla.

A este tiempo, en todas las calles del Norte de Madrid se notaba un movimiento extraordinario: la poblacion entera se dirigia hacia las afueras de la puerta de Santa Bárbara: el campo de Guardias, en toda su dilatada estension, presentaba una masa compacta, compuesta de muchos millares de personas apiñadas, como jamás se han visto en ningun espectáculo, de cualquier género que haya sido. Las casas de Chamberí, en sus balcones, en sus tejados, en sus torres;

todos los edificios, las alturas todas estaban coronadas por una multitud inmensa de personas de todas clases y condiciones, desde las mas elevadas, hasta las mas humildes de nuestra sociedad. Hombres y mujeres; ancianos y niños, se veían en esta numerosísima reunion.

ULTIMOS MOMENTOS Y EJECUCION DEL REGICIDA.

Creemos que el regicida Merino es un fenómeno, único en su especie; un *lusus nature* en el orden moral, de esos que no se presentan mas que una vez en la historia del género humano, y cuya organizacion especial no puede reproducirse nunca. Era, si nos es licito apelar á estas figuras para expresar algun tanto nuestro pensamiento, un hombre sin nervios, sin corazon y sin alma; un autómatas mas perfecto que los que salen de las manos del hombre, pero igualmente incapaz de sentir y de expresar sus sentimientos en la misma forma que los demás hombres, por carecer en gran parte de las facultades é instintos comunes á todos. Los filósofos futuros estudiarán el carácter de este monstruo como uno de los mas extraordinarios que jamás se han visto; y por esta razon, por la misma razon que en el orden material impulsará á los médicos á estudiar su mecanismo interior, la configuracion y las aberraciones de sus vísceras y entrañas, y los fenómenos que presentan las protuberancias de su cráneo, es conveniente consignar como materiales para los estudios de las ciencias morales, todos los dichos, todos los gestos que se han observado en ese hombre hasta que espío en el cadalso el crimen que ha horrorizado á todos los españoles. Bajo este punto de vista, todos los pormenores que damos no tienen por objeto echar parte abundante á una curiosidad enfermiza y estragada, trabajo que seriamos los últimos en desempeñar, y que abandonaremos á los zurcidores de melodramas románticos.

Sobre las últimas horas de la existencia del regicida, y sobre lo que dijo é hizo desde que salió de la cárcel hasta que el verdugo vengó en su cuerpo á la sociedad ultrajada en uno de sus mas nobles instintos, tenemos pormenores tan fidedignos como abundantes, recojidos por quien no se separó del reo hasta el pie de la escalera del patibulo, y por las diferentes personas que teniamos apostadas en toda la carrera para observar todo lo que ocurriese.

El regicida no perdió un solo instante su calma, su sangre fria, su brutal impasibilidad. Cuando momentos antes de salir de la capilla le quitaron los grillos, operacion pesada y difícil, él mismo dirigia á los que lo ejecutaban, y los reconvenia cuando creia que obraban con torpeza. Terminada la operacion, cojió los formidables grillos en la mano, y exclamó que eran una pieza magnífica. Cuando le trajeron la hoga amarilla con manchas encarnadas, la examinó di-

ciendo: «Es fea, pero no tanto como yo creia, y aún así no quisiera cambiarla por el manto de los Césares.» Reconvenido entonces con mansedumbre por uno de los respetables eclesiásticos que lo asistian, se calló y se vistió cuidadosamente la terrible hoga. En cuanto al gorro, declaró que lo habian hecho demasiado ancho, y dijo que se lo colocase otra persona, porque él no acertaba á hacerlo. El verdugo, segun costumbre, lo abrazó y le pidió perdón por la muerte que le iba á dar, á lo cual le contestó muy sereno: «Nada tengo que perdonar á Vd.; Vd. cumple con su deber; con lo que manda la ley, y va Vd. á ejecutar una sentencia que es justa; lo único que quiero pedir á Vd. es, que cuando llegue el momento de desempeñar su oficio, lo ejecute lo mas pronto posible.»

En seguida le pusieron las esposas y salió de la capilla, deteniéndose en la pieza de la entrada, delante de la imagen de la Virgen, donde hincado de rodillas y con voz clara y serena, rezó la salve en latín, pronunciando despues el mismo las oraciones del ofrecimiento. Entonces se volvió hacia los que quedaban en la cárcel, y se despidió haciendo un saludo respetuoso.

Eran entonces las doce y media, y empezó á bajar las escaleras, que son muy largas, sin querer aceptar el apoyo que se le ofrecia, porque dijo no necesitarlo. Quejóse, sin embargo, de que las esposas eran algo estrechas, y cuando se puso al lado del burro que lo habia de llevar, declaró que para montar necesitaba auxilio. El verdugo y su criado lo tomaron en brazos entonces para montarlo sobre la bestia, y esta fué la única vez en que se irritó, llamando bárbaro al criado del verdugo porque dijo que le lastimaba el brazo con su torpeza. Colocado, sin embargo, sobre el burro, dijo con aire de satisfacción: «ahora si que estoy cómodo; pero no podian haber puesto unos estrives para que montara?» Elogió la hermosura del animal, que por su gran tamaño le merecia, y mirando al verdugo y á su criado con aire muy complacido, dijo: «vaya un par de escuderos que me he echado.» Todo esto, sin embargo, lo decia sin alarde, sin ostentacion, como la cosa mas natural del mundo, como si fuese á dar un paseo en vez de marchar al cadalso. Al salir á la calle, el burro no queria andar, y el reo, con una calma atroz, exclamó: «¡no quiere andar; si fuera mio yo le haria marchar derecho!!

La lúgubre comitiva se puso en movimiento.

Abria la marcha un escuadron del regimiento del Rey, con espada en mano; despues marchaban dos filas abiertas de soldados del mismo cuerpo; entre estas filas iba la hermandad de la Paz y Caridad; uno de los hermanos llevaba una gran cruz con la dulcísima imagen de Nuestro Señor Crucificado; é

inmediatamente despues iba el reo rodeado de varios sacerdotes. Marchaban luego á caballo el gobernador de la provincia, de uniforme y con la banda de Isabel la Católica, con varios oficiales, los ministros del tribunal y otros auxiliares de la justicia, y á continuación una compañía de infanteria que cerraba las dos filas de caballeria formando cuadro. Despues marchaban otro escuadron de caballeria y un fuerte piquete de guardia civil de la misma arma, que cerraba la comitiva.

El reo, montado sobre el burro, con las manos sujetas por las esposas, llevaba en ellas un papel en que estaba grabada la imagen de la Santísima Virgen. Nunca olvidemos la sensacion profunda que nos produjo su aspecto. Su rostro estaba algun tanto pálido, y sobre él resaltaba su barba canosa, que no se habia afeitado en cinco dias. De cuando en cuando fijaba la vista en la grande imagen, y movia los labios como si estuviese en oracion. Despues miraba á un lado y á otro para ver, sin duda, al inmenso pueblo que se apiñaba en la carrera, pero no habia en su mirada ni odio, ni temor, ni alardes de valor y de tranquilidad, sino la mas completa indiferencia hacia todo lo que sucedia, esa indiferencia de todo y por todo, que parece haber formado la base del carácter de ese criminal. A veces se incorporaba un poco sobre su montura, para mirar el cadalso, que se veia á lo lejos, por encima de las tropas que formaban otro cuadro al rededor de él, y por encima del inmenso pueblo que ocupaba el campo. Pero no lo miraba con terror ni repugnancia, y al instante volvía la vista con la mayor naturalidad, ya á la imagen que tenia delante de sus ojos, ya á uno y otro lado del camino. Parecia un mecanismo insensible, y no un hombre con la conciencia de su crimen y del inmediato fin de su existencia, y en nada de lo que hacia podia descubrirse el menor rastro de afectacion.

En lo que iba diciendo no fué menos notable su brutal serenidad. Una vez se quejó de que la comitiva marchase con demasiada lentitud, y manifestó el deseo de que avivase el paso. A uno de los eclesiásticos que lo asistian, le dijo: «déjeme Vd.; Vd. está aquí para auxiliarme cuando lo necesite; yo me auxilio á mi mismo, tengo mis ratos de meditacion, y cuando esto no baste se lo diré á Vd.» Tambien se dirigió una vez al criado del verdugo, que llevaba la caballeria del diestro, diciéndole: «eres tan bárbaro que ni sabes guiar un burro; si te tuviera aquí cerca te daría una patada que te habrias de acordar de mi.» Y como uno de los eclesiásticos, que iban dolorosamente afectados, le dijese: «Señor don Martin, ¿son estos momentos oportunos para espresar semejantes sentimientos?» replicó el reo: «ya ve Vd. que es broma; aunque estuviera cerca de mí, soy incapaz de hacerle daño.»

En la fisonomia de este hombre de tan feroces instintos, no se notaba, sin embargo, rasgo alguno que nos lo hubiera hecho considerar, á primera vista, como capaz de cometer el horrendo crimen que lo ha llevado al patibulo. Su mirada parecia suave, aunque fria é indiferente. Representaba menos edad que la que tenia, y en su fisonomia no habia nada que en circunstancias ordinarias pudiese llamar la atencion.

El pueblo de Madrid, que es verdaderamente un pueblo modelo, lo acojió con curiosidad, pero sin un grito ni un insulto que fuese la expresion de la repugnancia que inspiraba á todos el asesino de su Reina. Ni el mas leve desorden, en medio de esa innumerable multitud, vino á interrumpir la fria dignidad tan característica de nuestro pueblo. No conocemos pueblo alguno en el mundo en que pueda suceder otro tanto.

Llegada la comitiva al pie del patibulo, hizo alto. Allí el reo se reconcilió y recibió la absolucion de uno de los eclesiásticos que lo acompañaban. Terminado este acto, quiso subir la escalera del patibulo; pero se le detuvo, porque se queria que la ejecucion se verificase á la misma hora en que cometió el atentado, y aún faltaban algunos minutos. Preguntó Merino que por qué se detenían, y habiéndosele contestado que habia aún algo que hacer, replicó: «Si es por Vds., bien; pero yo por mi parte estoy enteramente listo.»

Llegado el instante fatal, subió por la escalera sin querer apoyarse en nadie. Acompañandolo tres sacerdotes, entre ellos el señor Cordero, teniente cura de la parroquia de Santa Cruz. Colocado sobre el tablado, hizo ademán de querer hablar, y el pueblo, que lo comprendió, lanzó con entusiasmo un grito de *viva la Reina*. Entonces el regicida con voz clara dijo: «No voy á decir nada que injurie á la Reina; quiero solo repetir, que en el delito que he cometido no he tenido ningun cómplice.» Si los tuvo, ha llevado su secreto consigo á la tumba, y de hoy mas toda averiguacion es imposible.

Dichas las palabras que hemos copiado, Merino se dirigió al banquillo fatal, sin prisa, pero sin que le flaquearan las piernas, sin que en su impasible fisonomia se pudiese descubrir la mas leve alteracion. Sentóse con la mayor naturalidad, como si no hiciera mas que ejecutar la parte del programa que le correspondia; se dejó atar por el verdugo, á quien dijo: «¡aprieta,» y un instante despues la argolla fatal dió suelta al alma para que vaya á ser juzgada ante el trono del Omnipotente.

En este instante terrible se oyó el murmullo de la multitud que decia: *Dios le haya perdonado*, é inmediatamente un grito atronador de *viva la Reina!* En esas dos formulas está encerrada toda la historia del pueblo

Por fin, llegó á Londres, y se presentó á la familia de los Leslie. Margarita manifestó gran alegría al verle; pero, á pesar del amable modo con que lo recibió, se notaba en su fisonomia algo de inquieto, y agitado, que Walter no pudo menos de extrañar.

Al corto rato entraron varias cartas á Margarita. Pareció tomar tanto interés en la lectura de una de ellas, que Walter le habló dos veces, y no obtuvo respuesta. Por fin, alzó la vista, quedó un momento pensativa, y la carta cayó de sus manos al suelo. Walter, al bajarse á recogerla, leyó, sin querer, la firma de Federico Vincent.

«¿Puedo leer esa carta?» preguntó sonriendo. «Todavía no, Walter, contestó Margarita con formalidad. Es posible que os hable dentro de pocos dias de ella, y del asunto de que trata, que es muy importante para todos nosotros; pero todavía no.»

Una repentina palidez cubrió el semblante de Walter; pero no contestó palabra. Mis Vincent fué en aquel mismo dia á proponer á Margarita que fuese á su casa, para salir juntas á dar un paseo. Margarita accedió, y salió apoyada en el brazo de Walter. Varias veces en la travesía quiso manifestar á su amigo con afectuosas expresiones el gozo que le causaba volverle á ver; pero el silencio glacial de Walter la desconcertaba.

Cuando llegaron á casa de lord Donnington, madre de mis Vincent, Margarita preguntó: «¿Entráis conmigo?» «¡No!» contestó bruscamente Walter. Ya sabéis que

—De miss Mrs. Fester.
—Miss Mrs. Wyndham, hermana del coronel, se acercó en aquel momento á ellos, y les dijo:
—¿Estais hablando de ese insupportable Edmundo Neville? Me escribe para anunciar que llegará pronto. Margarita propuso á Ginevra levantarse, para dar una vuelta por los salones. Al pasar al lado de Lucy Vincent le preguntó quién era el joven que acompañaba á Carlos de Arce.
—M. Carlos Neville, primo de nuestro amigo M. Neville, y desposado con su hermana. ¿No le conociais?
Margarita sintió que el brazo de su hermana temblaba sobre el suyo. Las dos se acercaron al balcon, en donde el aire era mas fresco. Se sentaron, y estuvieron solas por algunos minutos.
Las ideas de Margarita vagaban por Herou-Castle, y por los jardines de Grantley, y la biblioteca en que Walter solia estar ocupado en leer, mientras ella cantaba. Los pensamientos de Ginevra eran agitados.
Carlos Neville se acercó, y preguntó á la menor de las dos hermanas:
—¿Habeis visto últimamente á los Warren?
—No; ¿gestán en Londres?
—Creo que no.
—¿Han sido muy bonitos conmigo; los quiero mucho.—¿Hace mucho tiempo que residís en Inglaterra?
—Sí, salí de Cantoy hace seis semanas. Es un sitio delicioso, que los Warren os habrán descrito sin duda.

FULLETTIN.
El castillo de Grantley.
POR
LADY GEORGINA RIFULLETON.
XXX.
Margarita y Walter hablaron durante largo rato de lo pasado, con la mayor franqueza, y se comunicaron sus proyectos y sus ideas.
Cuando Margarita volvió á su casa, aquella noche, dijo á su hermana:
—Ginevra, en este momento soy feliz. ¡Ojalá lo fueses tú también!
Un rayo de alegría brilló en el semblante de la hermana mayor que preguntó en voz baja:
—¿Walter?
Margarita le cerró la boca besándosela, y se apresuró á volver á su habitacion.
Pocos dias despues tola la familia partió de Grantley para Londres, en donde las esperaba en su casa una hermana del coronel Leslie. Walter cavaba con Margarita en que la seguiría en cuanto acabase de arreglar ciertos asuntos pendientes de su padre.